



1. La austeridad ¿objetivo o estrategia?

Como personas mayores nos encontramos cada vez más cómodos con la austeridad en nuestras propias vidas. Nuestros comienzos como pareja en países del tercer mundo y la sensación de personas libres en un mundo tan consumista nos hace sentir muy bien.

Quando pensamos en nuestros hijos empiezan las preguntas: ¿es posible que ellos descubran desde muy pronto las ventajas de la austeridad? ¿imponiéndola aunque no la entiendan y aunque sea un ir contra la corriente del mundo en el que viven ellos y, sobre todo, sus amigos?

(Andrés y Marián desde Mondragón)



Joaquín M. García de Dios

¿Sabéis que os habéis contestado a vosotros mismos en vuestra pregunta? Porque la austeridad no sé si es objetivo o estrategia. Me parece que es, como todo lo que es vida, a la vez objetivo y estrategia. La vida se vive con unos valores y la austeridad se vive como una jerarquización de valores en la que los cacharritos y su consumo no equivocan y el tener que aparecer como quien «tiene mucho» no nos hace mover un dedo.

Los niños lo irán entendiendo progresivamente si se les explica gradual y adaptadamente. Pero lo comprenderán asimilándolo si viven en un ambiente en el que las personas valen más que los cacharros, la creatividad vale más que el consumo y la relativización y libertad ante los usos comunes funciona con una profunda sensación de autenticidad y de un hallazgo en la manera de vivir.

Hay una austeridad ascética: que supone un ejercicio de autodisciplina.

Hay una austeridad liberadora: que supone que no necesitamos casi nada y no nos dependizamos de lo que no vamos a tener porque no lo queremos tener. Vale.

Hay una austeridad solidaria: que supone que no queremos sobreabundar

quando otros seres humanos concretos están privados de lo indispensable. Y también vale.

La austeridad sólo se comprende como un valor cuando se vive como una experiencia decidida, disfrutada y comentada con esa sabiduría más popular que erudita que no canoniza las privaciones para justificar la propia realidad sino que disfruta de no padecer síndromes de abstinencia sino centrarse en lo que uno es capaz de hacer, también en el disfrute de la vida.

Cuanta mayor austeridad mejor, no. Cuanta más libertad personal en la austeridad, sí. Cuanta más solidaridad desde nuestra austeridad, sobre todo.

2. Nuestros hijos insultan sin parar

Tenemos tres hijos. La verdad, con ellos no tenemos grandes problemas. Pero desde hace una temporada nos está llamando la atención el que, aparte de tener un vocabulario tan desenfadado (por llamarlo de alguna manera) como tienen hoy casi todos los que hablan, introducen tal cantidad de insultos a profesores, a compañeros, hasta a sus amigos y a los padres de sus amigos, que nos ha llamado la atención y no sabemos muy bien qué hacer.

Por un lado trivializar y no darse por aludido para que, lo que funciona como rutina irresponsable no empiece a vivirse con una culpabilidad que, por ahora, no tiene. Y por otro hacerles caer en la cuenta de esa realidad que nos parece inadmisibile, perjudicial e inexplicable. ¿Nos das unas ideas sobre el tema?

(Gloria y Pepe desde Pontevedra)

Todo me hace pensar que vosotros no insultáis. Ni cayendo en la cuenta ni por inercia. Ni a vuestros hijos ni a los políticos. Porque si resulta

que vosotros también insultáis, abierta o más sutilmente, el primer paso ya sabéis cuál es.

Ese ejemplo de que nunca insultáis, nunca os apoyáis en

el insulto que ellos usan dándolo por bueno, nunca centráis la conversación en los comportamientos vituperables de los demás o, cuando lo hacéis, salváis siempre a la persona incluso ante un comportamiento insalvable... esa vuestra constante manera de actuar será vuestra mejor aportación para mejorar la situación.

Y, de vez en cuando, hasta haciéndoles la reflexión: «¿no os habéis fijado en esto: que nosotros nunca insultamos a nadie?». Si eso podéis decirlo con verdad es la mejor lección. Y si no, es el primer paso que deberíais dar: ostensiblemente nunca insultar, ni descalificar personas, ni hacer insinuaciones que se van a centrar en una devaluación de personas.

Es muy bueno que se les subraye que las personas inteligentes nunca desprecian a otras personas: que nunca es justo insultar a otros: que nunca es creativo: que sólo

contamina y nunca libera: que a nosotros nadie nos ayuda insultándonos y jamás nos hemos sentido tratados justamente cuando nos han insultado.

Y, sobre todo, iniciar el movimiento contrario: el aprender a subrayar los aciertos y las cualidades de los demás; el mejorar los ambientes desde las anécdotas positivas; el sentirse más solidario con cada hombre y menos escarabajo frente a las realidades envilecedoras de los demás.

Si hay alguna posibilidad de poder ecologizar el ambiente social en el que vivimos empezaría por una modificación de nuestras actitudes interiores, dejando de centrarse en las corrupciones y empezando a dar más protagonismo a la limpieza de los limpios y al arte de los artistas que a la corrupción de comerciar con las corrupciones ajenas.

Y empezar con el ejercicio de la benedición familiar.